

Connaturales

Janet Hernández Guzmán
Lingüística y Literatura Hispánica
janet.hernandezgu@alumno.buap.mx

Sonó mi teléfono en la madrugada, a la misma hora que pasa el tren, a la misma hora en la que se escuchan los maullidos de los gatos. Busqué torpemente en el buró el teléfono, la luz azul secó mis ojos ya lastimados; un mensaje conciso me hizo sentir un escalofrío de la punta de los pies hasta el último pelo de mi cuerpo. Me despabiló el impacto, la pereza con la que sufro todos los días desapareció. Me levanté alterada, me vestí con lo primero que encontré y, en el íter de mi prisa, leí el mensaje una y otra vez: “Te he extrañado, ven a buscarme al kiosco”.

Con cautela y emoción cerré la casa; mi perro ya estaba listo para acompañarme al ansiado reencuentro. Claro que sabía que nadie se tenía que enterar, era mi secretito, lo que anhelaba repetir desde hace tiempo. Caminé por las calles del pueblo rumbo al kiosco; todo parecía eterno. Si diez minutos son la caminata habitual para llegar, sentía que ahora me había tardado tres horas. Los detalles de las calles se manifestaban más sensibles a mi vista, a mi cuerpo, a mis juicios, ¡vaya!, que hasta el árbol de pirul al que le tenía un miedo perpetuo e infundado porque era, según los ancianos, la guarida de las brujas, me parecía bello.

Pensaba en que esa noche había vencido varios miedos: el desvelo, el frío de la madrugada, caminar sola de noche y aquel arbolote; me sentía invencible. En la recta final de lo que ahora era mi meta personal, vi tu

silueta enjuta, chiquita, diferente. Sentí que me jalaban las piernas, que no podía llegar hacia ti, me conformaba con observar tu cara, con que me tocaras con el cariño que nos duró tan poco tiempo, con que me dijeras con tu mirada, inolvidable, que me perdonas. Mientras más me acercaba, más te alejabas; luché heroicamente en llegar a la jardinera en la que estabas sentada, y cuando por fin creí alcanzarte, te habías esfumado, evaporado, difuminado.

No sé a dónde te fuiste; me parece una broma de mal gusto que me escribas y que me dejes plantada, que huyas de mí. Nunca habías hecho eso, me hiciste enojar. Traté de tranquilizarme y en la misma jardinera me recosté; mi perro se echó en mi pecho, sentía su calor, sentía que cavaba en mí como si fuera tierra del jardín en la que esconde su hueso, supongo que él sabe que me falta algo desde hace mucho tiempo. Sin darme cuenta me quedé dormida; me despertó el lengüetazo caliente de mi compañero y las sombras de muchas personas mirándome, extrañadas.

Ya se había corrido el chisme en el pueblo: que la hija del doctor había amanecido en el parque. ¡Qué vergüenza! En realidad, a mí no me importaba ser la protagonista del nuevo escándalo, yo seguía molesta, quería vomitar las vísceras, arrancarme los ojos y la lengua, gritar hasta dejar a todos sordos y que me dejaran en paz de una buena vez.

Escuché el reclamo de mi padre: “Me avergonzaste, pareces trastornada, bla, bla,

bla. ¿Por qué lo hiciste? bla, bla, bla.” Me limité a responder: “Fui a verla”. Su mirada cambió de rabia a lástima; sentí repulsión por la conmiseración que transmitía. Cerró su puerta y escuché sollozos, algo raro, pues mi padre nunca llora.

A las horas, encontré en la mesa del comedor un fólter rosa adornado con flores que yo misma pinté; en él había un paquete de fotos, era el inventario de nuestros insuficientes recuerdos juntas captados por una cámara. Una foto destacaba por su tamaño y su color: se trataba de la imagen que recordaba el día de tu muerte, de tu caja de la Virgen y de las miles de flores que te regalaron ese día. Tengo la certeza de que ese fólter lo dejó ahí mi papá, animado por mis hermanos, mis abuelas, mis tías, como para recordarme cariñosamente que moriste hace años.

No soy tonta, sí recuerdo ese día; me diste un susto de aquellos, pero después regresaste, nos hemos visto en varias ocasiones. Luego desapareciste un tiempito, sospecho que para disfrutar de tu propia compañía, de tu búsqueda personal. Anoche llegó tu mensaje; me dejaste plantada y algún día no muy lejano te perdonaré por eso, así como tú me has perdonado un par de cosas también.

Me dan risa, están todos desequilibrados aquí. Tú y yo somos connaturales. Sé que cuando volvamos a encontrarnos nos reiremos de los que me creen loca y de los que te creen muerta. ●